Manuel Medina Olmos.

TEATRO INFANTIL

CUADERNO I (PARA NIÑOS)

Viaje Imaginario : : : : :
(Juguete para párvulos)

La Mejor Venganza: : : :
(Comedia)

El Sereno del Barrio : : :
(Sainete)

El Violín Mágico . : : : :
(Cuento de Navidad)

Con licencia eclesiástica.

GRANADA
IMP. Y LIB. GUEVARA
1915

500.14

Manuel Medina Olmos.

TEATRO INFANTIL

CUADERNO I (PARA NIÑOS)

Viaje Imaginario : : : : :
(Juguete para párvulos)

La Mejor Venganza: : : :
(Comedia)

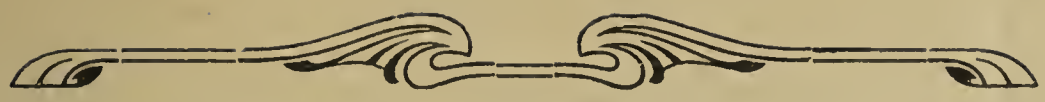
El Sereno del Barrio : : :
(Sainete)

El Violín Mágico . : : : :
(Cuento de Navidad)

Con licencia eclesiástica.

GRANADA
IMP. Y LIB. GUEVARA
1915

: : Es propiedad : :
Queda hecho el depósito.



Un viaje imaginario

JUGUETE INFANTIL EN UN ACTO

PERSONAJES

JUANITO. — CECILIO. — PEDRO. — CARLOS. — PEPITO.
OTROS NIÑOS EN EL NÚMERO QUE SE QUIERA.
NINGUNO PASARÁ DE 8 AÑOS.

ACTO ÚNICO

La escena representa el patio o jardín de un colegio de niños en el que éstos acostumbran hacer sus juegos. En él se habrá improvisado un pabelloncito, que pretende ser un ventorrillo en el camino de Granada a Monachil. Sobre la fingida puerta habrá un letrero, escrito con letra grande y mal hecha, y que diga—*Bentoriyo de la Zalu*—.

ESCENA PRIMERA

JUANITO y CECILIO. Aparecen arreglando la supuesta venta.

JUANITO Pon aquí el bacalao, Cecilio.

CECILIO Toma. Le entrega un mazo de cartones. ¿Y el pan?

JUA. El pan aquí. Enseña piedras y pedazos de ladrillo.

CEC. Oye, Juanito, ¿de cuántas cosas vamos a vender?

JUA. De todo. Ya te he dicho que este ventorrillo será como el que hay en el camino de Monachil.

CEC. ¿Tú has estado allí?

JUA Aquella vez que me llevó papá en el coche.

CEC. ¿Y qué había allí?

JUA. Bacalao, pan, aguardiente, vino y muchas cosas. Lo mejor que había eran unos anises colorados y azules y blancos..... más buenos.....

CEC. ¿Te compraría tu papá?

JUA. Unos poquillos, y tuve que guardarle a mi hermana.

CEC. ¿Y de lo demás no comprásteis nada?

JUA. Nosotros llevábamos merienda.

CEC. Pero los niños cuando vengan, no traerán merienda.

JUA. ¿Tú no ves que es un viaje de mentirijilla?

CEC Pues para que parezca de verdad, les hemos puesto una venta en la mitad del camino.

JUA. Y una venta de primera; con todo lo que pueda tener la mejor venta. Ya sabes que yo soy el amo y tú el criado.

CEC. ¿Cómo se llamaba el amo?

JUA. Al amo le llamaban el tío Colín.

CEC. Pues tú eres el tío Colín. ¿Y el criado?

JUA. Al criado le llamaban Carcunda Ya sabes que tú eres Carcunda; y en adelante tú te llamarás Carcunda, y yo Colín; y me hablarás de usted.

CEC. Pues digo yo, tío Colín, que ya tardan en venir esos viajeros; y que quizás les haya sucedido algo. Cuando vengan, nos

tienen que dar muchos duros; y si no, ni agua beben. Por cada vaso de vino les vamos a poner un duro.

JUA. Pues yo te digo, Carcunda, que eso es mucho: a papá le pusieron por un vaso de vino para el criado una perra gorda.

CEC. Entonces, tío Colín, nosotros vamos a ponerles por cada vaso de vino otra perra gorda. Eso es: pues el que cobra más de lo que debe, se condena.

JUA. Aplicando el oido. ¿No oyes ruido, Carcunda?

CEC. Sí, señor. Asomándose por la izquierda. Por allí vienen tres a caballo; y uno de ellos se ha vuelto atrás.

JUA. Bueno; pues ponte ahí en medio, y cuando lleguen, les tomas las maletas, y llevas los caballos a la cuadra. Se oye el zapateo de los niños que galopan sobre sus propios pies.

CEC. Ya están aquí.

JUA. Mucho cuidado, Carcunda; y que les pidas la propina.

CEC Eso será lo primero; pero V. verá tío Colín, qué mozo más apañado. Se oye más próximo el ruido de los caballeros. Juanito entra en la venta y Cecilio queda en medio de la escena.

ESCENA II.

Dichos PEDRO y PEPITO. Estos dos vienen montados sobre un palo o caña, que lleva sus cintas a modo de bridas, y van provistos de una vara o fusta para arrear el caballo. Marchan tan ufanos como si montaran briosos corceles; y traen colgados de la cintura, como si fueran maletas, cestos de la comida, cabás, cartera o algo parecido.

PEDRO. Pepito, ya estamos en la venta.

CEC. Sí, señor; están ustedes en el Ventorrillo de la Salud. Voy a llamar al tío Colín, que es mi amo. Llamando. ¡Tío Colín!

PEPITO. Oye, Perico, y parece una venta de verdad.

JUA. Saliendo. ¡Ola, caballeros! Carcunda, ayuda a estos señores para apearse. Cecilio hace como que les ayuda a desmontarse. Toma esos caballos, y mételos en la cuadra.

CEC. Toma los caballos del diestro, y lo hace con recelo, como si fueran de los que muerden. ¡Caballo! Como yo te arrime un palo, te vas a caer de gusto! Los coloca en un rincón.

JUA. Conque, señores, ¿para dónde es la marcha.

PED. Llevamos un viaje muy importante y muy largo: vamos a comprar unos regalos para obsequiar a un amigo nuestro.

JUA. Me parece muy bien. Será un buen amigo.

PED. Un buen amigo, sí señor. Figúrese usted, tío Colín, que es un señor más bue-

no, y más cariñoso... (1) ¿Es verdad Pepito?

PEP. Sí; y que a nosotros nos quiere mucho. Yo lo sé porque un día me lo dijo él a mi solico.

PED. ¿Qué te dijo?

PEP. Que él quería mucho a los niños buenos, y que como yo lo era... Ya te puedes tú figurar lo otro.

PED. Lo otro es una estampa que te dió.

PEP. Una estampa y un dulce.

JUA. Pues hombre me han picado Vdes. la curiosidad; yo quisiera saber quién es ese señor tan bueno y tan simpático.

PED. Parece mentira, tío Colín, que no lo conozca V.: es el maestro director de nuestro colegio, D. Juan de la Riva (1).

JUA. A ese señor sí lo conozco yo. ¡Vaya, pues si durmió aquí una vez que iba de paso para los baños. Por cierto que le hizo mi María Antonia un arroz con bacalao, que se chupaba los dedos. Cuidado, señores, que si ustedes quieren, también se les hace, y verán lo que es cosa buena.

PED. No, nosotros ya hemos comido; háganos Vd. un refresco, mientras que llega el otro compañero.

JUA. Haz dos refrescos, Carcunda.

PED. Somos tres.

---

(1) Cabe aquí el cambiar los nombres y circunstancias según se trate de Rector, Maestra, Superiora religiosa u otra persona. Así se puede dar propiedad en todo lugar y ocasión.

JUA. Pues haz tres, y que no haya miseria.

CEC. ¿De qué los quieren?

PED. De lo más caro; Mirando a la izquierda. y pronto que ya está aquí el otro compañero.

CEC. Ahora mismo. Se pone a hacerlos.

ESCENA III

Dichos y CARLOS. Este viene sobre un caballo de la misma ganadería quo los anteriores, y trae a la espalda un morral o cesta como si estuviera llena de provisiones.

CARLOS Podíais correr más. Se limpia el sudor.

PED. Por poco llegas, hombre.

CAR. Como que he tenido que preparar la merienda.

PED. Lo lleva aparte. ¿Traes mucho?

CAR. Dos pasteles que me ha dado Pepito Montero.

PED. ¿Nada más?

CAR. Y unas poquillas galletas que han podido reunir entre todos.

PED. Carcunda, saca los refrescos. Y Vd., tío Colín, nos va a guardar esta maleta. Tenga Vd. mucho cuidado porque en ella vienen las provisiones para una merienda que vamos a dar aquí esta tarde. Da a Juanito el morral que lleva Carlos.

JUA. Esta es su casa, señores; aquí pueden dejar todo lo que quieran; aquí no se pierde ni un alfiler. Toma el morral.

CEC. Sacando los refrescos en una mala bandeja. Los refrescos. Cada uno toma el suyo y bebe.

PED. Después de beber un poco y con el vaso en la mano. Porque ha de saber Vd. que esta tarde vamos a tener aquí una merienda, pero de formal. Nosotros nos vamos ahora a comprar los regalos; y, cuando volvamos, ya estarán aquí las gentes. Vd., tío Colín, que tenga preparada una arroba de vino y dos cántaros de agua para que beba todo el que tenga sed.

JUA. Cuando ustedes vuelvan, todo estará preparado, señores

PED. Después de apurar el refresco. Pues, caballeros, en marcha. Toman los caballos, los miran y repasan, montando con toda formalidad. Hasta la vuelta, tío Colín. Ahí va la paga. Da una moneda de un bolso lleno de piedrecitas o tiestecitos redondeados.

JUA. Hasta la vuelta, señores. Los caballeros marchan por la derecha. Carcunda, ¿te han dado la propina?

CEC. No me han dado nada. Gritando. ¡Señores, señores, espérense! A Juanito. ¿Les pido mucho?

JUA. Lo que quieran darte, eso es una voluntad.

PED. Vuelve agitado. ¿Qué ocurre? ¿se debe algo?

CEC. Que uno es un *probe,* y no tiene más sueldo que la voluntad de los que pasan.

PED. ¿No es más que eso? Tome Vd., señor Carcunda. Le da de las monedas del saquito y vuelve a su camino.

CEC. Vd. dispense, caballero, pero como uno es un *probe*...

ESCENA IV

JUANITO y CECILIO

JUA. ¿Qué te ha dado?

CEC. Tres perras gordas.

JUA. Ya eres un rico. Guárdalas, que como esas te han de caer muchas. Toma esta caja o maleta o lo que sea. La da a Cecilio.

CEC. Poco pesa. Para eso si no trae nada dentro.

JUA. Sí, hombre; traerá la merienda.

CEC. Abriéndola. ¡Vaya! un puñado de galletas, y están partidas; parecen las sobras de las meriendas de los niños.

JUA. Algo más vendrá.

CEC. Este papel. Saca el papel con los dos pasteles y deja en el suelo la caja o cesta abierta. Pues si son dos pasteles.

JUA. ¡Guárdalos, guárdalos, que es mala una tentación!

CEC. Déjame, hombre, que siquiera los vea; con los ojos no me los voy a comer.

JUA. ¿De qué son?

CEC. Pues de dulce. ¿Quisieras tú probarlos?

JUA. Dame una *mititilla*, como lo negro de una uña. Toman cada uno una migajilla y se relamen que es un gusto.

CEC. ¿Sabes que está bueno?

JUA. Pero ¡qué bueno! Otra chispilla. Toma uno de los pasteles y lo contempla encantado. ¡Vaya un pas-

tel bonico! Cuidado con que te lo comas, Carcunda.

CEC. ¿Te atreves a que nos comamos uno, y el otro se guarda?

JUA. Pues vamos a comernos el tuyo.

CEC. No, primero el tuyo.

JUA. Mejor será comernos cada uno la mitad del que tiene en la mano, y así podremos decir que los han roído los ratones. Comienzan a tirar con delectación bocaditos al pastel. De pronto se echa encima el turbión de los pequeños, y Juanito y Cecilio esconden el pastel en la boca, quedando atarugados y sin poder hablar.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos; la turba de niños, que pueden ser muchos o pocos, y después PEDRO, PEPITO y CARLOS, a caballo, y cargados de bultos y paquetes.

JUA. Estamos perdidos, Carcunda; ya están ahí los niños. Trágate el pastel de una vez. Así lo hacen.

NIÑOS Entran gritando. ¡Ea, ea; ya estamos aquí!

NIÑO A Cecilio. ¿Cuándo vamos a merendar? Cecilio, violentándose para tragar, hace señales de duda encogiéndose de hombros.

JUA. Haciendo un esfuerzo. ¡Agua, que me ahogo! Beben los dos agua, y pasa el taco. ¡Ay qué apuros, Carcunda! A poco más me ahogo.

CEC. Se oye el ruido de los caballos. Ya vienen los otros; ahora verás tú lo que pasa.

PED. Entrando. Ya hemos llegado. Se desmontan. Los

niños se pelean por tomar los paquetes que conservan en las manos toda la escena. Tres de ellos toman los caballos y los tienen del diestro con mucho cuidado. Hemos hecho un viaje de primera; hemos gastado cincuenta duros en regalos. Ahora señores, vamos a tomar todos la merienda. Tío Colín, saque Vd. la cesta y ponga Vd. vino y pan que sobre. Y a comer de prisa porque nos vamos en seguida.

PEP Que se vayan sentando y nosotros repartiremos.

PED. Muy bien. Pero ¿qué hace Vd., tío Colín, que no saca la cesta?

JUA. Afectando ignorancia. ¿La cesta? Carcunda, saca la cesta.

CEC. Haciéndose de nuevas. ¿Pero estos señores han dejado aquí alguna cesta?

PED. Muy incomodado. ¡Como no saqueis la cesta, os meto a cada uno tres pedradas!

JUA. Afectando indignación. ¡Carcunda, saca la cesta!

CEC. Como no sea esa que hay en el suelo.

PEE. Levantándola. Sí, esta es; ¿y por qué la habeis tirado por el suelo? La registra. Aquí no están los pasteles. ¿Qué habeis hecho con los pasteles?

JUA. ¿Los pasteles? ¿Pues ahí venían pasteles?

CAR. Sí, dos pasteles que me dió Pepito Montero.

CEC. Pues como no sea que se los hayan llevado los ladrones.

PED. Los ladrones sois vosotros que os los habeis comido.

PEP. Sí, ellos han sido. Mira como Cecilio tiene todavía migajas en la boca.

PED. Pues ahora verán; les vamos a hacer que los vomiten. Pedro, Pepito y Carlos toman sus caballos con el ánimo de medir las espaldas a Juanito y Cecilio. Forman grupo y accionan como resolviendo lo que van a hacer.

CEC Juanito, estamos perdidos; estos nos dan una paliza. ¡Por vida de los pasteles! Tú tuviste la culpa.

JUA. Tú, ¡so goloso!

CEC ¿Y qué hacemos? ¿Echamos a correr?

JUA No, que es peor. ¡Señores! ¿queréis una cosa?

PED. ¿Qué cosa es?

JUA. Nosotros nos hemos comido los pasteles, tuvimos una mala tentación por culpa de Cecilio; pero, si quereis, os digo una felícitación para D. Juan, nuestro maestro, y nos perdonais.

TODOS. A gritos. Sí, sí, que la diga

JUA. Pues digo yo que le deseamos a nuestro maestro un día muy feliz.

TODOS. Muy bien, muy bien.

JUA. Y digo yo también que le deseamos muchos años de vida: quinientos años.

TODOS. Muy bien, muy bien.

JUA. Y digo yo por último que le deseamos .. que le deseamos... Ayúdame, Carcunda, como me ayudaste a comer los pasteles

CEC. Pues le deseamos... que le regalen una buena cesta de pasteles.

TODOS. Aplaudiendo a rabiar. Muy bien.

JUA. ¿Estais ya contentos?
TODOS Sí.
JUA. Al público. ¿Y tú, público severo,
estás contento de mí?
Pues da un aplauso sincero
que sea el premio verdadero
de cuanto hicimos aquí.

(TELÓN)

FIN DEL JUGUETE

La mejor Venganza

COMEDIA EN UN ACTO

PERSONAJES

RICARDO. — VALENTÍN. — ERNESTO. — GENARO.
EL DIRECTOR. — UN MOZO.

ACTO ÚNICO

La escena representa una salita o ante-alcoba de un internado. Sirve de pieza de estudio y tiene tres puertas: dos laterales, correspondientes a dos alcobas, y otra en el fondo que sirve de entrada.

El decorado es modesto y conforme a lo que se destina.

ESCENA PRIMERA

ERNESTO y VALENTÍN. Aquel escribiendo y éste limpiando un sombrero de copa exagerada. Tanto estos como los demás alumnos pueden vestir el uniforme o traje de cualquiera internado, desde la sotana hasta el babero.

VALENTÍN Voy a sacarle pelo nuevo a fuerza de cepillo. Tiene ya dos años, y se ha empeñado mi padre en que me ha de durar otro invierno.

ERNESTO Cuidándolas, duran mucho las prendas.

VAL Pues mira, voy a decir a la cocinera que dé todos los días chocolate a mi castora, por ver si le puedo sacar otro añillo.

ERN. Chico, ¡qué castora me gastas!; parece una colmena.

VAL. Cosas de mi padre: porque a él le gustan los sombreros de siete pisos, me hace a mí también llevarlos. Y todo, porque dice que el sombrero de copa es de hombres serios.

ERN. Y tú ¿no has protestado?

VAL. Un día me atreví, y no quedé arregostado. Es mi padre un hombre muy serio y en mi casa no hay quien alce el gallo.

ERN. Igualito que en la mía. ¿Tú ves esta carta?

VAL. ¿Para quién es?

ERN. Para mi madre, y le pido veinticinco duros.

VAL. ¡Veinticinco duros! ¿Has dicho veinticinco duros?

ERN. Ni uno menos.

VAL. Y ¿para qué quieres tú veinticinco duros?

ERN. Para mis compromisos; tengo ya dieciocho años y necesito dinero. Tengo muchos amigos y las amistades no se pueden sostener de cualquier modo; hay que alternar. ...En fin, que yo necesito veinticinco duros, y si no me los mandan, a ellos les pesará.

VAL. Pero tu padre...

ERN. Mi padre no se entera; me los envía mi madre por bajo de cuerda.

VAL. Cualquier día se atrevía mi madre a

hacer otro tanto. Le quité una vez cinco pesetas, y me dió un botetón que todavía me escuece.

ERN. No sabéis tratar a los padres; ni sabéis sacarles dinero, ni engañarles. ¿Tienes un sobre?

VAL. En la carpeta debe haber alguno.

ERN. Cerrando la carta. Un sello me hace falta.

VAL. Cómpralo

ERN. Préstamelo, que es el último que te pido.

VAL. Ya me debes tres. Se lo da.

ERN. Lo cual será un honor para tí, contarme en el número de tus *ingleses*.

VAL. No quiero tanto honor, Ernesto; pues a cambio de esos honores, me tienes siempre en mucha estrechez.

ERN. Ya vendrán los veinticinco duros.

VAL. Y los malgastarás en tonterías, y no pagarás ni a mí, ni a nadie.

ERN. Quiero hacerme un gabán, y además otras cosillas. De lo que quede te harás tú pagado el primero.

VAL. Tienes las buenas palabricas de un tramposo.

ERN. Dándole la mano. ¡Adios, D. Valentín! Sabe ùsted que se le quiere. Cuando tú me veas con mi gabán, una gorra de última, botas de charol, etc., etc., dando el opio por esas calles en estos carnavales, se te irán los ojos de envidia. Conque ¡adiós!

Le da una fuerte palmada en son de juego, y sale corriendo. Valentín va tras él.

VAL. Tú me la pagarás. Siempre que viene hace lo mismo; un día le doy un coscorrón que le va a escocer por un semestre.

ESCENA II

Dicho, GENARO, criado, y UN MOZO. Este trae un cajón precintado o con cerradura.

VAL. ¡Pobre castora! y tiene que servirme en este Carnaval, si me dan permiso para salir algún día. Se la prueba.

GENARO Entrando. Esta es su habitación. ¿No está aquí D. Ricardo?

VAL. Ha salido, Genaro.

GEN. Que le traen este cajón en el coche de Motril. Este es el mozo de la diligencia.

VAL. Déjenlo ahí. ¿Trae Vd. carta, mozo?

MOZO No, señor; a mí no me han dao dinguna carta.

VAL. Pues déjenlo ahí, y esperen hasta que él vuelva; no tardará, ha ido a ver al señor Director.

GEN. Sí, sí, ya me figuro para lo que es. Espera ahí en el corredor.

MOZO Yo no pueo esperar, que han venío hoy muchos encargos y ha metío el Administraor mucha priesa.

VAL. Bien, pues márchese, y luego vuelve.

MOZO ¿Y quién me paga?

GEN. Luego te pagarán.

MOZO Eso no; si no me pagan, me llevo el cajón.

VAL. Malhumorado. El cajón no se lo llevaría usted de aquí. ¡No faltaba más! Si el señor alumno no pudiera pagar, pagaría yo o el señor Director. ¿Qué se le debe?

MOZO Lo que osté quiera, señorito. Y osté desimule, que uno es un animal y no sabe con quien trata; y como los estudiantes gastan tantas burlas...

VAL Dele Vd. una peseta, Genaro, y cuando venga Ricardo, se la abonará.

GEN. Toma, y aprende a tratar y a distinguir; que el mozo que no distingue, no sirve para mozo. Dímelo tú a mí, que llevo aquí treinta años, día por día.

MOZO Muchas gracias, y ostés desimulen. Y a mandar. Vase.

ESCENA III

VALENTÍN y GENARO.

GEN. ¿Dónde lo pongo?

VAL. Déjelo ahí. ¿Quiere Vd. ahora la peseta, o espera a que venga Ricardo?

GEN. ¡Quiere Vd. callar! ¡No faltaba más! Que D. Ricardo me pague cuando quiera; y si no, nada hay perdido. Por ustedes dos hago yo cualquier sacrificio.

VAL. Gracias, Genaro; bien sabe que nosotros le estimamos, y en lo que es dado

a un estudiante también se lo recompensamos.

GEN. En cambio otros...

VAL. Sí, sí; ya sé por dónde va Vd. ¿Cuánto le debe?

GEN. Tres duros: un capital para un pobre criado, y con seis de familia.

VAL. Usted tiene la culpa.

GEN. ¿Y qué le hago?

VAL. Mandarlo a paseo.

GEN. ¿Y por qué no lo manda usted?; que a usted le debe más que a mí.

VAL. Es verdad; pero es un sinvergüenza y me da lástima de él. Acaba de irse hace un momento; vino a escribir una carta, y me ha tomado hasta el sello; y gracias que no me ha pedido un real para tabaco, o la corbata, o el reloj.

GEN. Es un desgraciado. En treinta años que llevo en esta casa, sólo he visto otros dos de tan mala veta como este niño Y lo más grande es que tiene engañado al señor Director. Yo lo sé, porque uno se entera de todo.

VAL. El tal Ernesto es muy hipócrita y muy falso; pero es tan trapisonda que a todos nos engaña y nos saca los cuartos, y con todos vive bien.

GEN. A quien me parece que no quiere bien es a D. Ricardo.

VAL. Le tiene mucha envidia; pero una bota de Ricardo vale más que todo Ernesto.

GEN. Y que toda su familia. D. Ricardo y usted son los niños más decentes y mejores que ha habido aquí en diez años.

VAL. Ernesto lo sabe, y le hace el papel; pero si pudiera pisarlo, lo pisaba. Es un papelero, y el hombre vive así. Suena seis veces una campanita interior tocando a clase. ¿Han tocado a Física?

GEN. Me parece que no; dieron seis campanadas.

VAL. Yo no he contado más que cinco; voy a ver. Si tiene ahora tiempo, le dejo la llave para que arregle las habitaciones.

GEN. Haré ahora lo que pueda, y después a la tarde terminaré lo que quede.

VAL. Adiós. Vase con un libro.

ESCENA IV

GENARO; después ERNESTO.

GEN. ¡Vaya usted con Dios! A estos estudiantes los sirve de balde cualquiera; tratan a uno bien, dan buenas propinas, y eso que D. Valentín es así: Cierra el puño, indicando que es agarrado cuenta tres veces las pesetas cuando cambia plata; y me dan ropilla vieja y botas servidas... Coloca el cajón en un rincón. Con estos estudiantes es con quienes se puede vivir; Va poniendo cosas en orden. y no con ese pluma del señor Ernesto..., tramposo como él solo. Le debe

al Director; Cuenta con los dedos. debe en Secretaría; al señor Muñoz, su recomendado; a los compañeros..., ¡y a mí, al pobre Genaro, tres duros! la paga de un mes para un hombre que gana dos reales diarios y la comida!

UNA VOZ Suena dentro. ¡Genaro!

GEN. Pone atención. ¿Me llaman?

VOZ Más alto. ¡Genaro! ¡Genaro!

GEN. ¿Quién será? En voz alta Voy. Sale dejando la puerta abierta, y después de una pausa conveniente, asoma Ernesto, receloso.

ERN. Nadie; la gran ocasión. Ha salido el plan como lo tracé. Entra y toma el cajón que trajo el mozo, llevándolo consigo.

GEN. Después de otra pausa larga, vuelve contrariado. ¡Pues no parece cosa de burla!, llamar a un criado para preguntarle: ¿qué hora es? Pues vaya usted y mire al reloj de la escalera, ¡so morral!, ¡mal entretenido! Creí que era Ernesto, pero es lo mismo: era su camarada, el señor Cienfuegos. ¡Vaya un par de niños!; los tengo atravesados aquí Señala la garganta. y no me pasan ni con una baqueta. Ellos solos me dan más tormento que el resto del colegio. ¡Dios se los lleve pronto con sus mamicas de su alma!

ESCENA V

RICARDO y GENARO.

RICARDO Viene turbado y silencioso, tirando sobre la mesa un libro que trae en la mano. Se sienta, apoyando los codos en la mesa en actitud pensativa. ¡Está bien!

GEN. ¿Qué le pasa a usted, D. Ricardo?

RIC. Nada ¿Y D. Valentín?

GEN. Salió a clase de Física. Pero algo le sucederá; viene usted muy amarillo.

RIC. Nada, Genaro.

GEN. Sea usted franco conmigo, que le quiero como a un hijo. ¿Ha tenido usted algún disgusto? ¿quizás con el señor Ernesto?

RIC. Con sequedad. No se atreve Ernesto a disgustarme a mí.

GEN. Pues a usted le pasa algo; y a mí me tiene en cuidado mientras que no me lo diga.

RIC. Ya se enterará usted.

GEN. Pero ¿cuándo?

RIC. No se tardará mucho.

GEN. Como usted quiera. Voy a arreglarle el cuarto Usted no sabe qué sentimiento me da con su silencio. Entra en una de las alcobas.

ESCENA VI

Dichos y VALENTÍN.=Genaro entra y sale atisbando para enterarse.

VAL. Llevaba usted razón; no habían tocado a Física... ¿Y Genaro? Reparando en Ricardo. Hombre, ¿estás tú ahí? ¿dónde andas?

RIC. Te voy a dejar solo, Valentín.

VAL. ¿Qué dices?

RIC. Que me marcho del colegio.

VAL. ¿Estás en tu juicio?

RIC. Creo que sí, y por eso pienso que la mejor solución es marcharme.

VAL. Pero, ¿qué te pasa, muchacho? ¿a qué obedece esa resolución?

RIC. Acabo de hablar con el Director, y me ha dado una sofocación como yo no he visto otra igual.

VAL. ¿Y a tí por qué?

RIC. Porque le han puesto un anónimo y me echa a mí la culpa. Estoy que ardo de indignación.

VAL. ¡Muy bien! ¿Y no ha tenido ese Director otro a quien echarle la culpa más que a tí? a tí, Ricardo, que en cinco años que llevas en este colegio has sido el modelo de todos? Yo pensaba que el Director tendría más talento. ¡Vaya un Director! ¡Vaya un Director!

RIC. Esto se arregla con irse a la calle, y mandar a paseo al Director y al colegio y a todo titirimundi.

VAL. Está bien. ¿Y por qué se han fijado en tí, y no se han fijado en Ernesto, o en Cienfuegos, o en tanto granuja como hay aquí encerrado?

RIC. Porque el anónimo está escrito con una letra igual a la mía.

VAL. ¿Sí? ¿Y eso puede ser?

RIC. Está tan bien imitada mi letra, que yo mismo, al leer el pliego, me quedé sorprendido.

VAL. ¡Qué atrocidad! Y ¿quién habrá podido hacer esa felonía?

GEN. Ha estado observando, y sale. Eso en el colegio no lo han podido hacer más que tres.

RIC. ¿Quiénes? Dígalos usted.

GEN. No se puede hablar a tientas; pero tranquilícese usted que todo se aclarará.

RIC. ¿Y quién lo va a aclarar?

GEN. Ello se aclarará, ya lo verán ustedes ¡Mucha calma! Entra en la otra alcoba.

VAL. Y tú ¿qué le has dicho al Director?

RIC. Me he excusado, le he hecho mil protestas; pero está ciego, a nada atiende. Por supuesto que el anónimo es lo más atrevido e indecente que se puede escribir.

VAL. ¿Tanto dice?

RIC. La mar: dice que aquí comemos basura, mientras que el Director se juega al *monte* nuestras pensiones; que está comerciando con nuestros padres, y que esto no tiene nada de colegio. Figúrate tú como estará el mozo: echa bombas.

VAL. ¡En verdad que la cosa es tremenda!; pero, ¿cómo puede creer el Director que hayas tú escrito eso? ¿No sabe él que un joven honrado no escribe tal cosa? ¿Por quién nos han tomado?

RIC. Como es o parece mi letra, y él está tan ciego...

VAL. No es eso bastante para echar semejante sospecha sobre un estudiante de tu conducta y de tu historia. No te marchas tú solo, Ricardo, nos vamos los dos ¡y, si quieres, ahora mismo!

GEN. Vuelve a salir. No hagan semejante disparate. ¡Por Dios, D. Valentín! Usted que debía calmar a D. Ricardo, y le está echando leña al fuego!

VAL. Es verdad; no me hagas caso, Ricardo; pero me he llenado de indignación. Sabiendo quien es Ricardo, ¿sospechar de él? ¡Vamos, Genaro...!

GEN. Usted y yo sabemos quien es D. Ricardo, pero los demás...

RIC. Tiene razón Genaro.

GEN. Además, D. Ricardo no debe salir de aquí huido como un criminal.

RIC. ¡Eso nunca!; yo quiero salir de todas partes con la frente levantada.

GEN. Pues si ahora se va usted sin probar su inocencia, todos le echarán la culpa.

RIC. Tiene razón Genaro, Valentín.

VAL. Ya veo que sí.

GEN. Si usted se va porque le echan la culpa, con su ida confiesa el delito.

RIC. Sí, señor, estamos conformes; pero en cuanto yo demuestre mi inocencia, me marcho del colegio.

GEN. Y ¿por qué?

RIC. Porque yo no puedo tolerar el que el Director sospeche de mí.

GEN. Pero ¿de quién va a sospechar, si la letra es de usted o lo parece?

VAL. Es verdad; Ricardo, tiene razón Genaro.

GEN. En cuanto al señor Director le pase el primer calor, ya verá la cosa de otro modo Déjeme usted a mí, que yo iré echando agua al fuego

RIC. Sí, por Dios; hágalo usted A mí me sería muy vergonzoso el salir de aquí de cualquier manera Más que nada lo sentiría por mi madre. Si me expulsaran o yo me fuera violentamente, la pobre pasaría un mal rato; y yo quiero evitárselo, aunque me cueste una humillación

VAL. Casi estoy yo por ir a ver al Director, por si logro convencerlo de que tú no has podido ser el autor de semejante trastada.

RIC. Anda, ve; nada perdemos.

GEN. Me parece muy bien dado ese paso; yo buscaré un pretexto para ir después, y pondré también mi piedrecica.

RIC. Que no digas alguna tontería, Valentín.

VAL. Pierde cuidado. Vase.

ESCENA VII

RICARDO y GENARO.

GEN. Ahora, en cuanto yo acabe, voy al despacho del señor Director; yo inventaré el pretexto para presentarme allí, y verá usted como esto se arregla Ustedes son muy niños, D. Ricardo; en el mundo pasan muchas cosas, que parecen montes y luego se quedan en la misma nada Entra en la alcoba para seguir su faena, y deja la puerta abierta, continuando la conversación con Ricardo. Siempre que habla se asoma a la puerta, trayendo entre manos algún objeto.

RIC. Aunque somos niños no dejamos de conocer las cosas; pero tengo una espina clavada, que no me la arranca nadie. Llevando yo en este colegio cinco años de observar una conducta intachable, ¿por qué a la primera sospecha me echan el caballo, como se lo habrían echado al primer pillo de la comunidad?

GEN. Pero si la letra es de usted.

RIC. ¡Por vida de la letra! Pero ¿y mi conducta? ¿no merece que se tenga en cuenta? Cuando pienso en esto, me dan ganas de irme.

GEN. Acuérdese usted de su madre.

RIC. Esa es la que me detiene. ¡Si no fuera por ella!...

GEN Si usted hiciera hoy un disparate, perdería su buen nombre. Haga usted caso de mí.

RIC. Bien está; le haré caso. Usted es hombre de buen juicio, y yo tengo en mucho su consejo.

GEN Muchas gracias, D. Ricardo.

RIC. Parece mentira que tenga este Genaro tan buenas luces; sabe más que una rata vieja.

UNA VOZ Fuera y retirado. Genaro... Genaro.

RIC. Que llaman a usted, Genaro.

GEN. Será otro impertinente; que tenga la bondad de esperar. ¡No parece sino que está aquí Genaro para diversión de los niños!

RIC. Luego puede usted volver; yo sentiría que por culpa nuestra regañaran a usted.

VOZ Más cerca. ¡Genaro..., Genaro!

RIC. El que sea tiene urgencia.

GEN. Que espere. Desde adentro.

RIC. Allá usted. Se sienta en la mesa para hacer algo.

VOZ ¡Genaro..., Genaro!

RIC. Vaya usted, hombre, y luego vuelve.

GEN. Desde adentro. Ya voy, ya voy. Una pausa, y sale. Estos niños me quitan la vida. Vase.

ESCENA VIII

RICARDO y ERNESTO.

RIC. Abriendo el cajón de la mesa. Aquí tenía yo cinco duros..., y no los encuentro. Estarán en el baul. Entra en la alcoba, cerrando la puerta.

ERN. Asoma receloso. Valentín...? No está; Genaro ha salido, y Ricardo no ha vuelto: a pedir de boca. Desaparece, y vuelve en seguida con la caja. No se entera ni la tierra.

RIC. Sale sorprendiendo a Ernesto, que queda inmóvil. ¿Hombre, tú aquí?

ERN. (Ap.) (¡Qué fatalidad! ¿Por dónde ha vuelto este?) Estuve aquí antes.

RIC. Y ¿a dónde llevas esa caja?

ERN. Esta caja... Pues a ninguna parte. Deja la caja encima de una silla.

RIC. Observando la caja. Pero si es mía. ¿De dónde la traes?

FRN. (Ap.) (Estoy perdido). Hombre, te diré. (Ap.) (Como venga el otro, entre los dos me dan una paliza. Mejor será echarme por tierra).

RIC. Tú no sabes qué responder, y es porque aquí hay gato encerrado. Será alguna de las tuyas.

ERN. Perdóname, Ricardo, que ha sido una broma. Vimos que un mozo te trajo esta caja; sospechamos que en ella vendrían dulces y comida, y se nos ocurrió la

mala idea de darte una broma quitándote los dulces.

RIC. ¡Son bromas muy pesadas!

ERN. Con otro no nos hubiéramos atrevido a hacerlo; pero como a tí te tenemos por rumboso y además eres un buen amigo... Si quieres, veré a los otros y te devolveremos las cosas que te hemos quitado. Lo que yo siento es que se hayan comido ya la mayor parte. ¡Son tan glotones!

RIC. ¿Y si yo os cogiera uno a uno, y os fuera obligando a vomitar lo que os habéis tragado?

ERN Lo que tú quieras, Ricardo Ha sido una broma, y se nos antojaba que podíamos gastarla contigo.

RIC. (Ap.) (¡Buen truhán estás!).

ERN. Si quieres que entre todos te paguemos lo que valga...

RIC. Indignado. ¡Si vuelves a decir eso, te corto la lengua!

ERN. Tú sabes que puedes contar conmigo para todo; pocos amigos tendrás tú tan fieles como yo.

RIC. Con ironía Sí, sí. (Ap.) (Quizás este sepa algo). Ya que la das de tan amigo, voy a pedirte una prueba

ERN. Pide cuantas quieras.

RIC. ¿Tú sabes quién ha puesto un anónimo al Director?

ERN Se turba. ¿Un anónimo al Director? (Ap.) (Si pensará este..) Hombre, yo .. es lo primero que oigo.

RIC Ya ves como a la primera prueba fracasa tu amistad. Tú sabes quien lo ha hecho, y me lo ocultas.

ERN. Pero, ¿por qué lo he de saber yo?

RIC. Porque eso nadie lo ha podido hacer más que alguno de los que tú conoces mejor que yo. Pues mira, si tú me averiguas quién lo ha escrito, te perdono lo que me has hecho con la caja; te perdono las diez pesetas que me debes, y te doy encima otras quince. (Ap.) (Si no ha sido él, tengo por seguro que canta).

ERN. ¿Y por qué tienes tanto interés en saberlo? ¿Te han complicado a tí?

RIC. Eso no te importa.

ERN. Porque si el Director te echa la culpa, tú debías hacer una hombrada.

RIC. ¿Una hombrada?

ERN. Sí, irte; y mandar al colegio a paseo. (Ap.) (Si este se fuera, me quedaría yo en la gloria). Te quedas pensativo. Yo, en tu lugar, me iba.

RIC. De eso no se trata ahora Tú escoge: (Ap.) (Voy a meterle miedo) Si me descubres al autor del anónimo, tendrás perdón y dinero encima: ¡Quince pesetas!

ERN (Ap.) (Por tenerlas me declararía yo autor).

RIC. Y si no me lo descubres, atente a los resultados (Ap.) (Este debe saberlo).

ERN. Hombre, Ricardo, eso es muy duro.

RIC. Lo dicho, dicho. En todo el día tienes lugar de averiguarlo. Entra en la alcoba.

ERN. A este le han puesto la banderilla; piensa que soy yo, o alguno de mis amigos. ¡Hay que guardar el bulto! Aplica el oido a la puerta por donde entró Ricardo. Después intenta marcharse, y tropieza con Valentín en la puerta.

ESCENA IX

ERNESTO y VALENTÍN.

VAL. ¡Hombre, me alegro: ahora me vas a pagar la que me debes!

ERN. No seas rencoroso, Valentín.

VAL. Ya verás. Va hacia él para cobrarle la palmada de la primera escena. Ernesto coge una silla, que le sirve de parapeto; Valentín da vueltas para cogerle, y en una de éstas Ernesto gana la puerta, dejando la silla en manos de Valentín.

ERN. Te burlé. Sale corriendo.

VAL. Me he lucido.

ESCENA X

RICARDO y VALENTÍN.

RIC. Sale al oir el ruido de la silla. ¿Qué es esto, Valentín?

VAL. Pues que iba a dar un cogotazo a Ernesto, y me ha burlado con una silla. ¡Chico, se salvó la patria!

RIC. Vamos, cuenta.

VAL. He hablado con el señor Director, y se ha quedado convencido.

RIC. Yo me lo dejé hecho una fiera.

VAL. Hecho una fiera me lo encontré yo; pero me he dado tal maña, que lo he vuelto como un calcetín; es decir, lo hemos vuelto: porque quien ha llevado la mejor parte ha sido Genaro. Tú no sabes lo que Genaro te quiere, y tú no sabes lo que vale Genaro con el señor Director.

RIC. Dios te lo pague, Valentín.

VAL. Es en mí un deber.

RIC. Tengo encima del alma una pesadilla negra, y tú me la vas quitando.

VAL. Esta tormenta ya pasó; ahora lo que importa es callar y que nadie se entere, para ver si cae el ladrón El señor Director me ha encargado mucho el silencio. No enterándose nadie, si tropezamos con el criminal se le hace polvo; y si no, punto en boca y aquí no ha pasado nada.

RIC. Pues, hijo mío, nos hemos lucido. ¡Por vida de la pena negra! ¿No es esto para tirarse de los pelos? Esa recomendación llega tarde.

VAL. ¿Lo has dicho ya?

RIC Ya lo he dicho.

VAL. ¿Y a quién?

RIC. A la trompeta de la Fama: a Ernesto.

VAL. ¡Pues la has hecho buena! Pero, hombre, ¿a quién se le ocurre? Ya lo habrá dicho a todos los de su partida, y serán inútiles nuestras pesquisas.

RIC ¡Qué día tan desgraciado, Valentín!

VAL. Y Genaro que abrigaba esperanza de tropezar con cosa que sirviera de indicio... El ha debido ver algo, aunque no me lo ha querido confesar.

RIC. Pues ya todo será inútil; porque Ernesto habrá dado la voz de alarma, y todos se habrán puesto en salvo. Ya verás como no se tropieza con nada.

VAL. ¿Y qué hacer?

RIC. A mí nada se me ocurre Lo único que veo claro es que, publicada la cosa, el señor Director tendrá que aplicar castigo y tomar medidas muy serias; y si no se descubre el culpable, yo habré de pagar y saldré de aquí lleno de deshonra. Lo siento sobre todo por mi madre. ¡Pobrecilla! ¡Qué disgusto llevaría!

ESCENA XI

Dichos y GENARO. Trae un manojo de cartas en la mano.

GEN. ¡Parece mentira que sean ustedes tan niños!; ya se les ha escapado la noticia.

RIC. No eche usted la culpa a nadie; ha sido una imprevisión mía. Vino aquí Ernesto, y se lo dije, por si podía sorprenderle y sacarle algo que me sirviera de luz

GEN. Pues ya se les conoce; y algo deben maquinar, porque andan de cabildeos.

Sean ustedes muy cautos, que yo me daré trazas para averiguar. ¡Nunca he descubierto ni acusado a los señores alumnos; pero como ahora tropiece con el criminal, le voy a poner bueno! ¡Se va a acordar de Genaro! Esta carta para usted, D. Ricardo.

RIC. Tomándola. Correo interior; es de mi recomendado. La perrilla. Dando cinco céntimos a Genaro.

VAL. Dale también una peseta que abonó por la conducción de esa caja.

GEN. Eso no corre prisa. ¡Este D Valentín, tan puntual! Toma y guarda la peseta. Voy a repartir el correo. Vase.

ESCENA XII

RICARDO y VALENTÍN.

RIC. Rompe la carta y lee, mostrándose cada vez más sorprendido. ¡Esto es tremendo, Valentín! Sigue leyendo.

VAL. ¿Alguna novedad?

RIC. Más que novedad. Sigue leyendo.

VAL. Pero ¿qué es ello, hombre?

RIC. ¡Asómbrate! Esto cada vez se enreda más. Oye lo que me dice D. Vicente Cabarrús. Lee. «Querido Ricardo: al vol»ver de Málaga me he encontrado con »la adjunta carta tuya, pidiéndome, »como ves, setenta y cinco pesetas. Dice

»don Juan, el cajero, que la presentó un »joven desconocido; pero como era tu »letra y te tenemos por formal, no tuvo »inconveniente en darle la referida can»tidad de pesetas setenta y cinco. Yo, »sin embargo, extrañando lo excesivo »de la cantidad, el tiempo en que la pi»des y la novedad en el intermediario, »te envío la carta para que la reconoz»cas, y con Genaro, o tú mismo en per»sona, me digas lo que hay. He llegado »a temer que se trate de un timo, etcétera...» ¿Conque te vas enterando?

VAL. Y tan enterado. Dame que yo vea esa carta.

RIC. Mira: la mismísima letra del dichoso anónimo. Pondría la cabeza por afirmar que es el mismo el autor de uno y otro escrito.

VAL. Se me ocurre una idea.

RIC. Habla.

VAL. Que vayas con esa carta ahora mismo al Director.

RIC. Dices bien. Allá voy; y así verá que debe tener en su misma casa el pillo que se ocupa en estas buenas obras. Va a salir, y contrariado vuelve desde la puerta. ¿Y si piensa el señor Director que estas cartas son convenidas?

VAL. ¡Qué ha de pensar eso! Vengan; allá voy yo. Arrebata las cartas y se va.

ESCENA XIII

RICARDO y ERNESTO.

RIC. ¡Buena madeja se va liando! Yo pongo la cabeza y no la pierdo: el anónimo y la carta son obra de uno mismo. ¡Ay como yo le coja! ¡Qué amargas le van a parecer las letras! Ese se traga la carta y el anónimo como si fuera una oblea .. ¡Valiente pillo!

ERN. Entra receloso. ¿Estás solo?

RIC. Acaba de irse Valentín.

ERN. Me parece que está ya todo arreglado.

RIC. ¿De veras?!

ERN. No se puede descubrir quien sea el autor de ese anónimo: pues ya comprenderás que el que sea no se va a delatar a sí propio.

RIC. Pero se puede averiguar y sorprender.

ERN. Eso es muy difícil; y sobre todo, que no hay necesidad. La cosa se remedia del modo siguiente: una comisión va al Director y le pide que te perdone.

RIC. Eso de ninguna manera; no lo consiento: sería reconocerme culpable de una falta que yo no he cometido. Además, si el señor Director no quiere perdonar, tiempo perdido.

ERN. Ya estamos preparados; y si no perdona, no entramos en clase y armamos el motín. Ya está designado quién ha de ir a la cabeza.

RIC. Eso es indigno. Yo, ni me presto a eso, ni consiento en que por mi causa se haga cosa semejante. Tú sabes quien es el culpable, y te quieres escapar por la tangente.

ERN. Decídete, pues los compañeros están esperando el aviso.

RIC. Te lo prohibo en absoluto.

ERN. ¿Doy la voz? Yéndo hacia la puerta.

RIC. ¡Ya te guardarías!

ERN. En voz alta. ¡Cienfuegos, ya... Ricardo le tapa la boca con la mano, impidiendo que acabe la frase.

ESCENA XIV

Dichos, VALENTÍN y EL DIRECTOR, con unas cartas en la mano.

ERN. El Director.

DIRECTOR Vengo en persona a devolverte la calma, a darte una satisfacción y un abrazo. Abraza a Ricardo.

RIC. Usted me confunde, señor Director.

DIR. Puse tu honor en tela de juicio, y ya me pesa El criminal está descubierto. Ernesto se turba.

RIC. ¿Y cómo? ¿acaso la carta que llevó Valentín?

DIR. Sí, la carta que llevó Valentín ha dado la clave para entender otra carta, que ha sido el hilo providencial para descubrir al autor del crimen. Ernesto está en toda la escena desconcertado. ¿Conoces este documento? Desplegándole.

RIC. ¡El infame anónimo! Apartándose. No quiero verlo.

DIR. Compáralo con esta carta en que, con tu firma, se le piden a tu encargado las setenta y cinco pesetas.

RIC. Estaba yo en lo cierto; ponía yo la cabeza porque era uno mismo el autor de los dos escritos. Mira, Valentín.

VAL. ¡Chico, tienes razón; una misma mano ha escrito los dos pliegos! Fíjate, Ernesto. Mostrándoselos.

ERN. Sin poner atención. (Ap.) (¡Qué suplicio!).

DIR. Pues ahora verán ustedes otra tercera carta Lee. «Mi querido amigo: no me »vuelva usted a dar comisiones tan peli»grosas. Acabo de ver al cajero de don »Vicente Cabarrús con la carta que me »envió usted hace días pidiendo otras »cincuenta pesetas, y he notado que es»tán ya apercibidos del timo que les »hemos dado. Por fortuna para usted y »para mí no me arrancaron la carta »como ellos querían, ni dí tiempo a que »llamaran algún agente de la autoridad. »No me busque más para lances tan »comprometidos, y sabe que puede dis»poner...»

ERN. (Ap.) (¡Perdición!).

DIR. ¿Os vais enterando, niños?

RIC. Febril. Pero ¿quién es el malvado? ¡Su nombre, su nombre...!

DIR. ¡Calma! y disponte a perdonar; pues sólo a mí toca imponer el castigo. ¡Genaro! Llamando.

GEN. Aquí estoy. Entra como si aguardara.

DIR. Coja usted a ese joven y póngalo en donde usted ya sabe.

ERN. (Ap.) (¡Me han vendido!).

GEN. Con la seriedad de un polizonte. ¡Vamos, caballero! Lo coge de un brazo, llevándolo consigo.

ESCENA ÚLTIMA

EL DIRECTOR, RICARDO y VALENTÍN.

RIC. ¿Pero es Ernesto el autor del crimen?

DIR. Ernesto es; a él viene dirigida esta carta, por un mocito que suele visitarle alguna vez.

VAL. ¿Paquito Rivero?

DIR. Sí, ese mosquita muerta. La circunstancia de que mi hijo se llame también Ernesto López, me movió a abrir la carta y tropezar con el fraude.

RIC. ¡Permítame usted, señor Director, que vaya ahora mismo a darle una paliza!

DIR. No es a tí a quien corresponde dar el castigo. Ahora vamos a otra cosa. El hecho realizado es una estafa; y como tú no has de pagar las setenta y cinco pesetas, yo haré que las paguen los padres de Ernesto, porque no es cosa de llevarle a la cárcel, aunque bien lo merece.

VAL. ¿Y por qué no ha de ir a la cárcel? ¡Que vaya, sí, que vaya!

DIR. En tono de reprensión. ¡Valentín! ¡Valentín! Tú nada digas a tu madre, Ricardo.

VAL. Sí, que lo sepa su madre, y que ella misma pida el castigo!

RIC. No, Valentín, mi madre es una bendita y no me permitiría castigar. ¡Qué hermosa idea! Se sienta en la mesa y toma recado de escribir.

DIR. ¿Qué vas a hacer?

RIC. A vengarme de Ernesto. Escribe de prisa.

DIR. Ricardo, por Dios, no pienses disparates.

RIC. Escribe y habla. Sí, sí; quiero vengarme.

VAL. Haz caso, hombre, del señor Director.

RIC. Acabo..., acabo ya.

DIR. ¿Es que no me obedeces?

RIC. Dos palabras... y obedezco... ya está. Lleva en la mano el pliego escrito. ¡Quiero vengarme como se vengaría mi madre; para que, cuando yo le cuente lo ocurrido, aquellos labios benditos, que no tienen más que palabras de perdón, bendigan a este hijo porque ha sabido perdonar. Tome usted. Le da el pliego.

DIR. Lee. «Mi querido D. Vicente: ponga »usted en mi cuenta las setenta y cinco »pesetas, que mi madre las pagará con »mucho gusto, cuando sepa a lo que se »han dedicado. Le quiere, Ricardo.» Antes que tu madre te bendiga, te bendigo y te abrazo yo, porque has sabido escoger *La mejor venganza*.

(TELÓN)

FIN DE LA COMEDIA

El Sereno del Barrio

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

PERSONAJES

SERENO. — CAÑAMÓN. — QUICO. — RAFAEL.
JEFE DE SERENOS. — CIEGOS.

ACTO ÚNICO

La escena representa una calle o plazuela solitaria de un barrio extremo de una ciudad cualquiera. En el fondo un edificio con puerta antigua de una sola hoja. Lo demás del decorado es indiferente.

ESCENA PRIMERA

Aparece EL SERENO paseando de uno a otro extremo, con toda la grave y ridícula seriedad de su cargo. Tiene el farol colgado del chuzo, y éste apoyado contra el dintel de la puerta. Es tartamudo, acentuando la tartamudez cuando se ofusca o quiere disimularla. Al levantar el telón hay una pausa y en ella estornuda el Sereno tres veces, haciendo mohines de disgusto y mal humor. Después entran QUICO y RAFAEL. Visten como catetos. Quico trae una cesta al brazo y Rafael unas mochilas o alforjas, y en ellas una bota de vino.

SERENO — Al tercero o cuarto estornudo. ¡Caracoles, que me he resfriado! ¡Válgame San Caralampio!

RAFAEL — Entrando a punto. ¡Jesús, María y José!

Ser. Limpiándose con un pañuelo exagerado. Muchas gracias!

Raf. A voces. Quico, ven acá, hombre; que ya hemos dao con un anger de guardia.

Ser. Poco de guasa, que está usté hablando con la Autoridá.

Raf. Osté perdone, amigo; pero yo en ná le he fartao. Corre, hombre, Entra Quico. que hemos trompezao con el Sereno y él nus podrá encaminar sin que nus perdamos.

Ser. Sí, señor; soy el vigilante del barrio.

Quico Pa servir a osté, amigo. Yo tengo a muncha honra el hablar con osté.

Ser. Igualmente; y a mandar.

Quico ¿Y osté sabrá decirnus pa cia onde cae la confiturría?

Ser. ¿Esa pregunta viene con malicia?

Quico No, señó; no trae malicia dinguna.

Ser. Esta no es ya hora de que anden ustedes de compras en las confiterías, que están ya cerradas. Vayan a la posada a acostarse, y no me obliguen a que tome alguna determinación mayormente, que tengo malas pulgas.

Raf. Y ¿por qué nus hemos de meter nosotros en la posá? La calle es del Rey.

Ser. (Ap.) (Me parece que estos, con la cara de infelices, son dos tunantes). Eso es una falta de respeto a la Autoridá. Ustedes me parece que son dos personas sospechosas.

Quico No, señó; nosotros semos dos infelices.

SER. Presenten ustedes las cédulas personales

RAF. Si nosotros es que venimos a mercar dulces pa el día de la función.

SER. ¡Las cédulas personales!

QUICO Es que semos este año mayordomos, y venimos a mercar bizcochos y confites pa el refresco.

SER. Muy indignado. ¡He dicho que las cédulas personales!

RAF. Quico, ¿tú traes ceula?

QUICO Si yo lo hubiera sabío, habría echao la ceula de padre.

SER. Me parece que van ustedes a dormir en la Prevención.

RAF. Nosotros no hemos hecho ná pa ir a la Prevención.

SER. Ustedes tienen cara de tunantes.

QUICO Si semos dos infelices.

SER. Y hasta me parece que vienen ustedes borrachos.

QUICO ¿Borrachos? Si no lo hemos catao. Güélame osté. Se acerca y le echa el aliento.

SER. Hace señales de duda. Bueno, yo tengo que tomar precauciones, y por lo que pueda ocurrir les voy a tomar la filiación. Saca una libreta y un lápiz. Y anden ustedes con cuidado, porque lo pueden pasar mal. A Quico. ¿Cómo se llama usted?

QUICO ¿Quién, yo?

SER. Sí, hombre, usté.

QUICO Quico Panocha.

SER. ¿Eso de Panocha es guasa? Escribe.

Quico — No, señó, que es apellío.

Ser. — ¿Y usté?

Raf. — ¿Yo?

Ser — Sí, hombre, usté. Parecen ustedes tontos.

Raf. — Yo, Refael Panocha.

Ser. — ¿Serán hermanos?

Quico — De padre y madre.

Ser. — Con extrañeza. ¿Y cómo siendo ustedes hermanos, el uno es moreno y el otro rubio?

Quico — Pues velay osté, porque el uno nació en Agosto y el otro en Enero. Hemos salío del color del tiempo.

Ser. — Con enfado. Poco de guasas, que están ustedes hablando con la Autoridá! ¡Y que ustedes no conocen al sereno Fernández ..! ¡Que cuando yo me pongo de mal humor, tiembla el barrio!

Quico — Bueno, osté desimule; que nosotros, como semos gente rústica, decimos las cosas sin malicia.

Raf. — Y munchas veces habramos sin saber.

Ser. — Pues mucho ojo, que están ustedes a dos dedos de ir á la cárcel!

Quico — Vaya pues, repórtese osté y díganos pacia onde cae la mejor confiturría.

Ser. — Se lo voy a decir, hombre. Venga usted acá. Echan por esa calle arriba y al llegar a un estanco, tuercen a la derecha. Señala con la mano izquierda y hacia la izquierda.

Raf. — Oye, Quico, ¿cuála es la erecha?

Quico — Pus esta, hombre, pus esta. Señala la izquierda. ¿No lo has visto?

SER. Vamos a ver si acaban las interrupciones. Luego siguen toda aquella calle adelante, y en la segunda esquina, que hay una botica, tuercen ustedes a la izquierda. Señala con la mano derecha y hacia la derecha.

RAF. ¿Cuála es la izquierda, Quico?

QUICO Pus la otra, hombre, pus la otra. Señala la derecha. No seas torpe. ¿No te has fijao en el Sereno?

RAF. ¡Contra, Quico, qué hombre más entendío eres! En tó reparas.

SER. ¿Pero es que ustedes no van a callar? Ustedes no han reparao en que están hablando con el sereno Fernández!

ESCENA II

Dichos y CAÑAMÓN. Este viene pregonando boquerones con un capachillo a la cadera.

CAÑAMÓN Pregonando fuera de la escena. ¡Boquerones!

SER. ¡Otra te pego! Esta sí que es buena!

CAÑ. ¡Boquerones! Entra. ¡Chorreando sangre! ¡Vivos, vivicos! ¡Que chorrean, que chorrean sangre!

SER. ¿Qué hora es esta de vender boquerones?

CAÑ. Compare, yo no sabía que hubiera hora señalá pa vendé boquerone.

SER. No hay hora señalá, pero tampoco es esta hora de venir escandalizando el barrio

CAÑ. Yo con naide me metó. ¿Está usté?

Pa mi camino voy; Cañamón me llamo. El que quiera mercame, que me merque, y el que no, que se quee en su casa. Vuelve la espalda al Sereno.

Ser. Está usté faltando a la Autoridá, señor Cañamón; y eso no se lo consiento.

Cañ. Con mucha chunga. Vamos, hombre, no se ponga usté tan serio, que en cuanto les dan a ustés la gorra y el chuzo, les paece a ustés que son ya el alcalde corregior.

Ser. No somos el alcalde corregidor, pero puedo meter a usté en la cárcel cuando me dé la gana.

Cañ. Nunca sería tanto, compare.

Ser. ¡O más!

Cañ. ¡Josú, y qué en serio ha tomao el cargo! Vamos, comparito, no se ponga usté tan asine.

Ser. Dan ustedes motivo para ello.

Cañ. Misté que siempre ha habío serenos y serenos.

Ser. Y ¿qué quiere usté decir con eso?

Cañ. Pus que se deje usté queré, hombre; que se amanse usté, porque Cañamón no es de los que se asustan.

Ser. Tampoco me asusto yo; pero si usté se pone en razones, también vengo yo en ella.

Cañ. Pues aveníos. ¿No es verdá, compare? A Quico.

Quico Sí, señó, y que no haiga dijustos.

Cañ. Pero me paece a mí, compare, que

usté esta noche nos está dando la tostá... Usté se jase el tartamuo sin serlo.

SER. Incomodado. Yo no soy tartamudo; es que me detengo un. . un... un poco al hablar.

CAÑ. ¿Usté no es de esta tierra? ¿usté es forastero? ¿Verdá, compare?

SER. Sí, señor.

CAÑ. ¿Y de dónde es usté?

SER. De donde a usté no le importa.

CAÑ. Así será el pueblo.

SER. Mejor que el de usté!

CAÑ. ¿Cómo se llama?

SER. Como le han puesto.

QUICO Dígalo osté, hombre. ¿Qué mal hay en ello?

SER. Es que este es un gua... gua... gua... són.

CAÑ. ¡Picho!

SER. ¡Poco de burlas! Soy de Gua... dix.

RAF. ¡Valiente pueblo! Una vez que estuvimos allí, nos pegaron una paliza.

SER Se la habrían ustés ganao. ¿Y ustedes de dónde son? ¿Son ustedes de Motril?

QUICO ¿Pus acaso prenunciamos nosotros como la gente de Motril?

CAÑ. ¡Toma! pus los boquerone son de Motrí y tampoco prenuncian.

SER. Dándole una palmada en el hombro. Muy bien dicho!

CAÑ. . Me paece, Sereno, que hemos simpatizao.

SER. Mucho, amigo Cañamón.

Cañ. Pus vengan esos cinco. Le da la mano. Caballeros... amigos todos. Se dan las manos.

Raf. ¿Quién paga la convidá?

Ser. Haciendo aspavientos. Un sereno faltaría a su deber, si pagara una convidá.

Cañ. Yo pago.

Quico No, pagaremos nosotros.

Cañ. Ande hay patrón no manda marinero. Golpeándose el bolsillo. Tengo yo aquí ocho *anchas* pa gastarlas con ustés en el Café de la Chicoria.

Ser. ¿Y en qué las vamos a gastar?

Cañ. En un refresco de arvellana.

Ser. Contrariado. No cuenten ustedes conmigo.

Cañ. ¿Por qué?

Ser. Porque a mí los refrescos me sientan mal. A mí me pasa lo que a las lo... lo... lo .. comotoras: no puedo andar más que con agua caliente.

Cañ. Pues se bebe usté su parte en vino.

Ser. Muy alegre. Eso ya es otra cosa. Mire usted que es cosa grande .. De las aguas no me gusta ni el caldo del puchero.

Quico Y entonces, ¿cómo vive osté sin beber agua?

Ser. Pues sa... sa... crificado, sin poder probar el agua.

Cañ. Con sorna. ¡Probetico, qué penas pasa!

Ser. Una vez en toa mi vida me han sangrao, porque pillé una pulmonía ¡de órdago...! ¿Y qué dirán ustedes que me salía de las venas?

Quico Pus le saldría sangre.

SER. No, señor.

CAÑ. ¿Si le saldría salsa e tomate?

SER. Tampoco. Me salía vino puro... que es lo único que yo he bebío en toa mi vida.

RAF. ¡Anda, anda! pus pa beber vino no hay que ir al Café de la Chicoria.

CAÑ. Iremos a la taberna de ahí más allá.

QUICO No, señó. Trae aquí mi Refael en las mochilas una bota con unos cuartillejos de lo güeno.

SER. Abrazando a Rafael. ¡Bendita sea tu alma, que vienes ahora como el agua en Mayo!

CAÑ Frotándose las manos. Pues venga de ahí, compare Refael; saque usté la bota.

RAF. Sacándola. Allá va, pero trátenmela ostés bien, que es hija de güenos padres.

SER. Fuera de sí, dice a la bota. Ven acá, alivio de mis penas; compañera de mis soledades, ven acá! La coge y se la empina con todo el regocijo que sepa. Cuando está más entusiasmado se oye ruido, y el Sereno se queda inmóvil.

RAF. Gente viene.

SER. No pueden dejar a uno una hora tranquilo. Guarda la bota. A las armas. Toma el chuzo y da el farol a Rafael. Usted se pone delante.

RAF. A mí no me meta osté en jaleos, que yo soy mu cobarde y me mareo en cuanto veo la sangre. Se coloca en último lugar.

SER. No necesito a nadie Se pone en medio.

ESCENA III

Dichos y LOS CIEGOS. Son dos, conducidos por un zagalón, y cogidos de la mano uno tras de otro. Traen una guitarra y una bandurria.

Ciego 1.° Con tiento, Perico, no trompecemos con alguna esquina, que pa el que no ha cenao no es buen trompiezo.

Ciego 2.° Agárrate bien.

Ser. ¡Alto ahí! ¿Quién vive? Los ciegos callan, pero se ponen en guardia acariciando los báculos. ¡Favor al Rey! ¿Quién vive?

Ciego 1.° España.

Ser. ¿Qué gente?

Ciego 1.° Paisanos.

Ser. ¿Dónde se va?

Ciego 1.° A buscarnos la vida.

Ser. Esa respuesta no es satisfactoria. Ustedes son gente sospechosa. Darse presos. Va hacia los ciegos, pero éstos enarbolan los garrotes, y el Sereno retrocede. ¡Favor al Rey! A Cañamón y los otros. ¡Ayuden a la justicia! Coge a Cañamón y lo pone delante como escudo para arremeter. Cañamón retranca y se hace de piernas; Quico y Rafael sudan de miedo.

Ciego 1.° ¡Cañamón!

Cañ. ¿Quién me llama por mi nombre?

Ciego 1.° Quitándose las antiparras. ¿Me conoces?

Cañ. ¡Cerrajilla! ¿Te has metío a ciego?

Ciego 1.° La necesidá por gala.

Ser. ¿Conque ustedes se conocen?

Cañ. Mucho.

SER. ¡Y ha estao en poco que corra la sangre...! ¿Y no son ustedes ciegos?

CIEGO 1.° No, señor; pero estamos dispuestos a serlo en cuanto usté lo mande.

SER. Me gusta la humildá, hombre. Estaba dispuesto a llevarlos a la cárcel, pero los perdono.

RAF. Pues vamos a celebrar el encuentro.

CAÑ. Esta es mano de bota. Venga de ahí, Sereno, que osté se ha hecho el amo de la bota.

SER. Me corresponde por primacía. Por algo soy el representante de la Autoridá. Saca la bota en medio del regocijo de todos. ¡Señores, brindo... por los presentes! Empina la bota, y en lo mejor del trago aparece el Jefe. El Sereno queda hecho una pieza.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y EL JEFE DE SERENOS. Habla con mucho énfasis.

JEFE ¡Así se cumple con el deber! Todos callan. ¡Estos son los funcionarios públicos! Sigue el silencio. ¡Así se ostenta la alta representación de la Autoridad! Se pasea de un lado a otro. Al Sereno. ¡Es Vd. indigno de llevar ese uniforme!

SER. Ha sido la vez primera.

JEF. Ha sido la vez centésima. Es Vd. la deshonra del cuerpo! Venga ese instrumento. Le arrebata la bota.

RAF. Cuidao que la bota es mía.

QUICO Sí, seño, es nuestra.

JEF. ¡Ah, conque ustedes han venido a sobornar al sereno! Quedan ustedes presos por delito de corrupción!

QUICO Nosotros no hemos cometío ningún delito.

JEF. Metiendo el puño a Rafael. ¡Soborno!

RAF. No, señó, yo me llamo Refael.

JEF. Metiendo el puño a Quico. ¡Y corrupción de menores!

QUICO Yo me llamo Quico.

JEF. Podrán llamarse como quieran, pero esta noche duermen ustedes en la cárcel.

RAF. No faltaba más!

JEF. Y Vd. Al Sereno queda desde este momento destituído del cargo y sujeto a todas las responsabilidades que resulten del sumario. Despójese Vd. de las armas. Le quita el chuzo y lo da a Cañamón. todos en marcha. Salen de la escena por el orden siguiente: Rafael con el farol; los ciegos en pelotón; el Sereno cabizbajo; Cañamón con el chuzo al hombro y la capachilla en la cadera; y por último el Jefe.

RAF. ¿Pacia ónde vamos?

JEF. Pa lante. Rompen la marcha. El Jefe reparando en la bota. Tú eres la causa de todas estas malas venturas. Paga tu merecido. Se empina la bota y sale de la escena bebiendo.

(TELÓN)

FIN DEL JUGUETE

El Violín Mágico

CUENTO DE NAVIDAD

PERSONAJES

JUAN. — JOSEICO. — JULIÁN. — SIMEÓN. — UN MUDO.
OTROS CAMINANTES.

La escena representa las cercanías de Belén. Aparecen por el fondo JUAN y JOSEICO. Juan trae en la mano un violín envuelto en un paño o estuche; Joseíco viene llorando.

JUAN. No llores, Joseico; no llores, hijo.

JOSEICO. ¡Ay, pare, qué pena más grande!

JUAN. ¡Qué quieres, hijo; ya no tiene remedio!

JOSEICO. Mejó quisiera que se hubiera muerto mare.

JUAN. ¡No digas brasfemias, condenao! ¿Le tienes a la pollina más ley que a tu mare?

JOSEICO. ¡Ay, pare, qué pena más grande! ¡Lástima de mi pollina!

JUAN. Pus mira, pocas veces me he queao tan tranquilo como ahora, dimpués de dejar allí la pollina.

JOSEICO. Porque no tiene usté entrañas.

JUAN. Más que tú, y quería a la pollina como

a uno de vosotros; pero... casos como el de hoy no se presentan tós los días. Lo mesmo que he hecho yo, habría hecho cualquiera que no tuviera tan malas entrañas como tú.

Por la derecha entran JULIÁN, SIMEÓN, EL MUDO y OTROS CAMINANTES. (De éstos se puede prescindir).

JULIÁN. A la paz de Dios, señores.

JUAN. Vayan con Dios, cabayeros. ¿Pa ónde se va?

SIMEÓN. Para Belén vamos.

JUAN. El mismo camino llevamos tós.

JULIÁN. ¿Y podrá saberse por qué llora ese niño?

JUAN. Por una cabezoná.

JOSEICO. ¡Ay, pare, qué lástima de mi pollina! No diga usté que es cabezoná.

SIMEÓN. ¿Se le ha perdío alguna pollina?

JUAN. No, señó: se ha perdío, y no se ha perdío.

SIMEÓN. No lo entiendo.

JUAN. Es el caso más raro que le ha pasao a un gitano dende nuestro padre Adán hasta un servior de ustés.

JULIÁN. Pues cuente usté el caso.

JOSEICO. ¡Ay, pare, qué penica más grande; lástima de mi pollina!

JUAN. ¡Que te cayes, niño, que va a hablar tu pare! Pus, señó, es el caso que salimos de la aldea los tres juntos: la pollina, yo y este hijo mío. Veníamos los tres andando tan campantes, como lo

que semos: tres presonas de una mesma familia.

SIMEÓN ¿Son ustedes los tres solos?

JUAN. No, señó, que otavía quean en casa otras cuatro presonas, sin contar una cabra y un cochino, que no forman parte de la familia.

JULIÁN. Vamos al cuento y no dé usted cuerda a Simeón, que es peor que un reló disparado.

JUAN. Pos vamos al cuento. Veníamos caminando los tres...

SIMEÓN. ¿Sin montarse?

JUAN. Los tres andando; es la pollina mu tierna pa echarle carga encima. Digo pues que veníamos andando pacia este camino de Belén, y de pronto, ahí más atrás, le entró a la pollina una esazón que yo no me expricaba.

SIMEÓN. ¿Estaría cansada de andar?

JOSEICO. Ni muncho menos. Mi pollina tiene rigor que le sobra.

JUAN. Y lo mesmo que si hubiera ío a la querencia del pesebre, arranca a correr que no había quien la atajara.

SIMEÓN. ¿Y a dónde fué a parar?

JUAN. Caye usté por Dios; ¡si no es pa contao, sino pa visto! Arreamos los dos, yo y mi niño, detrás de la pollina; dimos una regüelta, subimos un pecho, bajamos una cuestecilla, y enfrente nos trompezamos con la mesma groria.

JULIÁN. ¿Qué era?

Juan. Un cachico e cielo. En un pesebre había un niño que paecía un capullo recién abierto. A su lao una niña con cara de ángel. Debe ser la mare, poque mira al niño con muncha ternura. Y al otro lao un hombre como de unos cuarenta años, que lleva en su cara la estampa de ser el más hombre de bien de tó el mundo.

Simeón. Pero, ¿y la burra?

Juan. ¡Caye usté por Dios; si no es pa contao, sino pa visto! El niño tiritaba de frío, y la pollina, que tiene más sentío que cualquiera de nosotros, se puso a calentarlo con el aliento de su boca.

Simeón. ¡Bien, hombre, bien!

Juan. ¡Pos no a tós paeció bien! Este niño, que es mu cruel, no ha tenío compasión de aquel angelico y quiso arrancar de allí la pollina y llevársela.

Julián. Haberle castigado. A Joseico. ¡Mal nacido!

Juan. No fué menester. El animal ha tenío mejores entrañas que el muchacho, y como si fuera estauta de mármor, ha cravao los pies en el suelo y no hay fuerzas humanas que la puedan arrancar de allí.

Julián. ¿Y qué hace?

Juan. ¡Caye usté, por Dios; si no es pa contao, sino pa visto! La pollina sopla que te sopla, y el chiquiyo ríe que te ríe. Tiene el niño unos ojos que paecen dos

estrellas; y con el rabiyo del derecho le echaba unas mirás a la pollina que la tenía asorvía. Yo me quedé estupefato ..

JULIÁN. Y es para quedarse.

JUAN Pus no tós se quearon; que este niño sin entrañas, se agarró a la pollina y quiso arrancarla de allí a viva fuerza.

JOSEICO. Porque la pollina es mía.

JULIÁN. ¿Y no te daba lástima de aquel ángel precioso?

JOSEICO. Que le merque a él su pare una, como a mí me la ha mercao el mío.

JUAN. ¡Cáyate, tigre del disierto! Pos, señor, como iba diciendo, aqueya niña hermosa, que debe ser la mare de la criaturica, me miraba con unos ojos... como diciéndome: «Juan, no te lleves la pollina, no nos quites er consuelo»...

JULIÁN. Eso conmueve a cualquiera.

JUAN. Entonces cegué y agarré a este niño por el gaznate, y si aquel güen hombre no me lo quita de las manos, lo ajogo.

JULIÁN. ¡Hombre, hombre...!

JUAN. Sí, señor, lo merecía. Anda palante, le dije, y deja ahí la pollina por los sigros de los sigros. Esa ya no es tuya; tu pare, que la ha mercao con su dinero, se la regala a este niño gracioso, que debía de ser gitano pa que lo tuviera tó cumpreto.

JULIÁN. ¡Muy bien! Así se portan los hombres.

JUAN. ¿Pos qué creían ustés, que Juan *Tiritaña* se ajoga en un escupitinajo o se le

encogen las tripas por una pollina más u menos? No señor, hombre, no señor. La pollina ayí se ha queao, y a este niño mío le voy a romper las muelas como la vuelva a nombrar.

Simeón. He oido a usted con el mayor gusto del mundo. ¡Vaya un lance con buena sombra!

Juan. Pues aún quea por contar el remate de la cosa. Declaro yo mi voluntá de que la pollina sea pa aquel luceriyo que briya como un ascua sobre las pajas del pesebre; y lo oye aqueya mare bonica y graciosa más que las pesetas, ¡y misté que las pesetas son bonicas de verdá!, y me mira con unos ojos de agraecimiento que me dejó... estupefato. Y va y le dice a aquel güen hombre que me orsequie...

Simeón. ¿Y qué obsequios, siendo tan pobres?

Juan. ¡Caye usté por Dios; si no es pa contao, sino pa visto! Naide es probe teniendo güena voluntá. Mete mi hombre mano en unas alforjas y saca este lío Señalando el violín. y me lo da diciéndome: «Ahí llevas un estrumento misterioso. Con él puedes labrar tu felicidá».

Simeón. Hará usted el favor de enseñarnos ese instrumento.

Juan. Otavía no lo he visto yo. Salimos del portal yo y mi hijo, y de reyerta veníamos, sin que hubiera habío tiempo de enterarnos de este misterio.

JULIÁN. Vaya pues, descúbralo usted, porque si no el amigo Simeón es capaz de morirse de pena.

SIMEÓN Tanto no; pero no negaré que estoy ya penado por ver lo que es.

Desenvuelve Juan el bulto o estuche, y encuentran un violín. Todos le rodean con curiosidad admirando el instrumento.

JUAN. ¿Y qué estrumento es este? Joseico, tú que eres medio músico, ¿sabes lo que es?

JOSEICO. Eso es un violín, pare. Lo mesmo que ese tiene uno el compare Refael.

JUAN. ¿Y tú sabes tocarlo?

JOSEICO. No, pare.

JUAN. Pos nos hemos lucío. Si alguno de ustés...

SIMEÓN. Voy a probar. Coge el violín, prueba a tocar y no suena. Lo intenta diversas veces sin resultado. Esto no suena.

JULIÁN. Es que usted es muy torpe. Hace los mismos esfuerzos, con idéntico resultado.

JUAN. Prueba tú, Joseico, a ver si es que la gracia es pa tí solo.

JOSEICO. No, pare. ¿Osté no se acuerda de que dijo aquel güen hombre que pa tocar este estrumento había que estar muo?

JUAN. ¿Eso dijo?

JULIÁN. No hay que apurarse; eso lo podemos ver. Este joven es mudo y sordo como un peñón.

Llama al Mudo y por señas le pregunta si sabe tocar el violín. El Mudo no entiende las preguntas, y contesta con gritos y gestos, produciendo una escena cómica. Por fin Julián, cansado, pone el violín y el arco en las manos del Mudo, lo coloca en postura de tocar y le obliga a que pase el arco por las cuerdas.

El violín suena tocando una pieza movida o pasodoble, y produce el misterioso efecto de que todos bailen forzosamente.

Los movimientos han de ser violentos y exagerados. El Mudo toca de espaldas a los actores, para que no le hagan señas.

JUAN. ¿Qué es esto? ¿Joseico, por qué bailas?

JOSEICO. ¿Por qué baila osté, pare?

JUAN. Yo no lo sé.

JULIÁN. Esto es un engaño; ustedes sabían la virtud del violín.

JUAN. Usté sí que es un tramposo, que traía ese muo pa que hiciera esto. Dígale usté que pare, que no toque más.

SIMEÓN. Si es sordo como una piedra.

El Mudo cesa un instante de tocar para descansar. Todos se tiran a él para quitarle el instrumento, pero antes de llegar comienza la música otra vez y con ella el baile forzado.

JUAN. Joseico, ¿ande estás?

JOSEICO. Aquí, pare.

JUAN. ¿Qué haces?

JOSEICO. Bailar, pare. ¿No lo ve osté?

JULIÁN. ¿Y vamos a estar así toda la vida?

SIMEÓN. Yo no puedo más. Se tira al suelo y así cesa de bailar. Los demás, al verlo, hacen lo mismo, quedando rendidos. El Mudo vuelve el rostro a la escena y se espanta, porque él no se oye y no se explica lo que ocurre. Todos se levantan, el Mudo vuelve a tocar y ellos a bailar, y entonces, conociendo lo que pasa, aprieta más el toque y ellos bailan desesperadamente.

JUAN. ¿Joseico?

JOSEICO. Pare!

JUAN. ¿Qué haces?

JOSEICO. Lo mesmo.

JUAN. ¿Tú no te acuerdas si aquel güen hombre nos dijo algo más?

JOSEICO. Sí, que nos acordáramos del niño en tós nuestros apuros.

SIMEÓN. ¡Pues apuro más grande que este!

JUAN. ¡En nombre del Niño de Belén te mando callar, estrumento del infierno!

En el momento calla el violín. El Mudo hace como que sigue hiriendo las cuerdas, pero éstas no suenan. El violín enmudece a la invocación del Niño de Belén.

JULIÁN. Por fin acabó el suplicio.

JUAN. Arrancándole el violín al Mudo. Venga ese estrumento. Este tesoro es mío.

SIMEÓN. ¡Pícaro mudo, cómo nos ha puesto! Merece un castigo.

JUAN. ¿Y qué culpa tiene el infeliz, si él no sabe lo que hace?

JULIÁN. Es verdad; pero, amigo, yo le voy a pedir a usted un favor.

JUAN. Usté dirá.

JULIÁN. Que me venda usted el violín.

JUAN. ¿Pa qué?

JULIÁN. Para llevarlo a mi pueblo y hacer que bailen hasta las piedras de la calle.

JUAN. Eso no pué ser.

JULIÁN. Pues préstemelo usted.

JUAN. Emprestao, y por poco precio.

JULIÁN. ¿Cuánto?

JUAN. Me contento con que salude usté a estos señores.

JULIÁN. Usted lo hará mejor.

JUAN. Vaya por Dios.

Al público.

Con gracia o sin ella
se acabó el cuento.
Si logró daros gusto,
yo lo celebro.
Ahora esperamos
que premiéis nuestro esfuerzo
con un aplauso.

(TELÓN)

FIN DEL JUGUETE.

3 0112 115868033

OBRAS DEL AUTOR

PARA NIÑAS

	Pesetas.
La Huérfana, comedia en tres actos. . .	1
Una lección a tiempo, comedia en uno .	0'50
La primera gracia, zarzuela en dos (1). .	0'75
El día de inocentes, zarzuela en tres (1) .	0'75
CUADERNO 1.º—Una limosna por Dios, diálogo.—Por un retrato, drama.—Las lavanderas del darro, sainete.—Conocer a tiempo, comedia.	1
CUADERNO 2.º—La fuente de las virtudes, diálogo.—El sueño de Laura, zarzuela (2).—El jardín de Magdalena, alegoría.—Broma inocente, sainete.—La ciega de Alcudia, zarzuela (2) . .	1

PARA NIÑOS

La mejor lima social, comedia en tres actos.	0'75
Los peligros del mentir, zarzuela en dos actos (1)	0'75
CUADERNO 1.º—Viaje imaginario, juguete para párvulos.—La mejor venganza, comedia.—El sereno del Barrio, sainete.—El violín mágico, cuento de Navidad.	1

Puntos de venta: en Granada, en casa del autor (Sacro-Monte); en las Escuelas del Ave-María, y en la Librería Guevara, San Jerónimo, 29.

(1) Música de Francisco Alonso.
(2) Música de José Montero.